pos. Mas después que este reino está poblado de cristianos, como la tierra se ara por muchas partes y la huella de continuo el ganado y los caballos, es causa de estar movida y de que los aguaceros que vienen a parar a los llanos vengan envueltos con mucha lama y tierra, la cual se asienta en las partes más bajas, las cuales con esto van creciendo y subiendo poco a poco, hasta que vienen a emparejar con las demás tierras circundantes. Refieren las historias que cuando los cristianos vinieron a México llegaba la laguna de ella por la parte norte, hasta el cerro de Tenayuca, y por la banda del sur hasta el pueblo de San Mateo, y al occidente se extendía por todos los llanos entre Chapultepec y Tlalnepantla. Al presente vemos en algunas de las referidas partes (que conocidamente fue laguna) buenas heredades y labores, de donde se puede conjeturar que si en los pocos años que han pasado desde que los altos y contornos de la laguna se aran y labran, han los aguaceros traído tanta tierra a los llanos como queda referido y vemos, y han descarnado algunas tierras de los altos, de modo que está ahora en ella descubierto el tepetate, se puede presumir que por discurso de tiempo se alzará el suelo de la laguna y la tierra en el contorno de la ciudad de México de tal manera que venga a emparejar con la ciudad, y aún sobrepujarla; respecto de que también el sitio de la ciudad (como lo más de ello es tierra movediza y salitrosa) se consume y baja con la humedad y peso de los edificios. Digo, pues, fundando mi parecer sobre las referidas razones, que la laguna de México y Texcoco no menguan, pues siempre entran en ella las aguas que solían entrar, sino que el suelo y la tierra a la redonda de ella crece haciendo que se estreche y levante el vaso de ella, y podría ser por discurso de tiempo llegar a tanto, que la ciudad recibiese detrimento de ello"...

Magnífica y casi podríamos decir grandiosa descripción de la Ciudad de México, de la antigua, de la azteca, es la de Francisco López de Gómara, el Capellán de don Hernando Cortés. No es la suya una visión de la realidad que nunca vio, ni pudo gozar ni sufrir, sino una descripción hecha sin el contacto auténtico. Si Cortés le proporcionó, a más de la descripción escrita por él mismo, una información más amplia que complementó con informes llevados por testigos de su hallazgo y conquista, esto no borra de la narración de López de Gómara su pecado de inautenticidad. Cierto es que es bellísima y muy completa, que algunos datos olvidados por el Conquistador en su original descripción aparecen aquí, mas en ella pese a su forma perfecta no se dan ni la frescura, ni la sinceridad que encontramos en las de Cortés y Bernal Díaz.

Aún cuando es posterior, pues corresponde ya al siglo XVII, podríamos citar aquí a Antonio de Solís, el Cronista Palaciego quien a base de las relaciones anteriores nos deja fascinante pintura de la ciudad. En una prosa rica, esculpida a perfección, Solís escribió una de las descripciones más per-

37797

fectas de la metrópoli azteca. Un pequeño trozo, aquél que se refiere a la plaza mayor y más en concreto al tenebroso zompantli, bastará para comprobar lo dicho:

"Su primera mansión era una gran plaza en cuadro con su muralla de sillería, labrada por la parte de afuera con relieves de culebras encadenadas que daban horror al pórtico, y estaban allí con alguna propiedad. Poco antes de llegar a la puerta principal estaba un humilladero no menos horroroso: era de piedra, con treinta gradas de lo mismo que subían a lo alto, donde había un género de azotea prolongada, y fijos en ella muchos troncos de crecidos árboles puestos en hilera: tenían estos sus taladros iguales a poca distancia, y por ellos pasaban de un árbol a otro, diferentes varas ensartando cada una por las sienes algunas calaveras de hombres sacrificados, cuyo número (que no se puede referir sin escándalo), tenían siempre cabal los ministros del templo, renovando las que padecían algún destrozo con el tiempo: lastimoso trofeo en que manifestaba su rencor el enemigo del hombre, y aquellos bárbaros le tenían a la vista sin algún remordimiento de la naturaleza, hecha devoción la inhumanidad, y desaprovechada en la costumbre de los ojos, la memoria de la muerte"...

A fines del siglo XVI y principios del XVII encontramos otras interesantes descripciones. La primera es la que nos dejó en su lírica barroca, la cual inicia un gran ciclo en nuestras letras, Bernardo de Balbuena. Su *Grandeza Mexicana* por todos conocida y uno de cuyos especialistas y seguidor más distinguido es don Salvador Novo, es el canto primero y más insigne a la ciudad.

Contemporáneo a Balbuena quien alaba el esplendor novohispano y quien encuentra en los aportes europeos transformados en estas tierras los elementos de valor que posibilitan la grandeza que elogia, tenemos a un descendiente de los antiguos señores de Chalco Amaquemecan, don Domingo Anton Muñon Chimalpahin Cuauhtlehuanitzin. Más conocido por uno de sus apellidos, por Chimalpahin, este indígena que se refugia cabe la Ermita de San Antón, en las orillas de la calzada de Ixtapalapa —hoy infame y peligrosísimo viaducto— contempla callada y resignadamente la destrucción de la indiana ciudad y sufre en su espíritu sensible, la dura servidumbre por la que tienen que pasar sus hermanos de sangre para edificar la nueva capital con templos suntuosos, palacios magníficos y gigantescas obras públicas que caen como siempre, sobre los hombros de los más débiles. La visión de Chimalpahin, ya lo he dicho en otras ocasiones, continúa la visión del vencido, mas no por la guerra que fue rápida sino de la colonización, de un cambio de valores, de instituciones, de maneras de ser, lo cual realizose lenta y penosamente.

En pleno siglo XVII, cuatro testimonios nos hablan del crecimiento de la

ciudad. Los cuatro son obra de extranjeros: un inglés, o mejor dicho dos, un español y un italiano. En sus escritos revélase claramente su formación, mentalidad e intereses. La circunstancia que hizo posible su obra se muestra en toda ella, y así la pintura de la metrópoli novohispana resulta condicionada por sus muy variados intereses.

La primera es la del religioso renegado Tomás Gage quien destinado a las misiones de Filipinas, quedose en América varios años, habiendo podido conocer a perfección México y Guatemala. Gage, lleno de ingenio e ironía, retrata cuanto ve. Desconsidera a América, a la cual siente en todo inferior a Europa. Sus opiniones respecto a la naturaleza de estas tierras y sus productos son reveladoras de esa tendencia, si no veámoslo en el siguiente párrafo en el que narra su permanencia en el Convento de San Joaquín y las comodidades que en él gozaba:

"Gozábamos de estas delicias fuera de la casa, mientras en lo interior nos regalaban con toda clase de pescados y viandas, causándonos maravilla la abundancia de los dulces, y sobre todo de conservas de que habían hecho acopio para nosotros. Durante el tiempo de nuestra permanencia, nos llevaban a cada uno todos los lunes por la mañana, media docena de cajas de cadoñate o carne de membrillo, mermelada, jalea y frutas en almíbar por no hacer mención de los bizcochos, para que fortaleciéramos nuestros estómagos tomando un tente en pie por la mañana, y lo restante del día. Y a decir verdad, bien lo habíamos menester, porque sentíamos que nuestros cuerpos desfallecían, si pasábamos mucho rato sin comer alguna friolera.

"En España y en las demás partes de Europa basta hacer el almuerzo, la comida y la cena todas las veinticuatro horas; pero en México, y otros muchos parajes de América, observamos que dos o tres horas después de haber hecho una comida, en la cual nos habían servido tres o cuatro platos de carnero, vaca, ternera, cabrito, pavos y otras aves y animales de caza, no podíamos estar de debilidad de estómago, y casi nos caíamos de desmayo, de modo que nos veíamos precisados a confortarnos y reponernos con una jícara de chocolate, un poco de conserva o algunos bizcochos, para lo cual nos daban tanta cantidad.

"Parecíame todo muy extraño, y con tanto más motivo cuanto que, excepto la vaca, las demás viandas tenían trazas de ser gordas y suculentas como las de Europa. Consulté mis dudas con un médico, el cual me respondió: Que, si bien las carnes que comíamos ofrecían a la vista el hermoso color y gordura de las de España, no obstante estaban muy lejos de ser tan propias para el nutrimiento como las de allende la mar, a causa de la sequedad de los pastos y de la falta de cambio de temperatura de las estaciones, no medrando la yerba como en Europa, y marchitándose muy pronto. Añadió a esas razones: que el clima de aquella región tenía la calidad de producir

cosas buenas en la apariencia, pero de poca substancia para alimentar; que lo mismo que con las viandas que comíamos, sucedía con todas las frutas, que son tan hermosas a la vista y tan gratas al paladar, pero de ninguna virtud nutritiva por dentro; y que no hay ninguna de cuantas veíamos, por gruesa que fuera, la cual pudiese dar la mitad de la sustancia que contiene una camuesa de España o una manzana de las más pequeñas de Inglaterra.

"Como hay engaño en la apariencia exterior de las carnes y de las frutas, así se halla entre las gentes nacidas y criadas en aquel país, las cuales muestran un exterior hermoso por fuera, mas por dentro están llenas de disimulo y falsedad.

"Muchas veces he oído a los españoles que la reina Isabel de Inglaterra respondió a unos que le presentaron varias frutas de América: 'Menester es que en el país donde se crían estas frutas, las mujeres sean mudables y los hombres embusteros"...

Si bien su descripción de las ciudades, particularmente de la de México es importante, lo más valioso en Gage es la pintura de sus habitantes, sus costumbres, sus formas de ser que critica y zahiere. Religioso pero no demasiado ortodoxo, censura costumbres ajenas a la bruma y a la hipocresía sajonas. Asombrado por un mundo de color, de mezclas, de contrastes, buena parte de lo que ve le parece malo, negativo. Acierta en sus ataques, es verdad, mas en ocasiones es lo extraño que no entiende lo que provoca su punzante comentario.

Pequeños ejemplos harán patente su espíritu observador. Uno de ellos se refiere al sentido de la honra de los conquistadores el cual coloca en estas tierras los comentarios a idénticos sentimientos de los peninsulares. Dice así:

"Como se reedificó la ciudad, había ya gran diferencia entre un conquistador y un simple habitante de México. La calidad de conquistador era un título honorífico que no pertenecía sino a los que habían subyugado el país, y el rey de España les daba tierras y rentas para ellos y sus herederos; mientras los simples habitantes pagaban todos los años su pecho y contribución por la casa en que moraban en la ciudad.

"Por ese punto de vanagloria se encuentran a cada paso en toda la América gentes que se dan por hidalgos entre los españoles, pretendiendo todos en el día que vienen por línea recta de alguno de los conquistadores, aunque sean más pobres que Job. '¿Dónde está la hacienda de vuestra merced?' preguntaron a uno de esos caballeros andantes que infectan el país. 'La fortuna se la ha llevado; pero toda la adversidad del mundo no podrá llevarse una brizna de mi honra ni de mi nobleza'. Tal es la respuesta de todos ellos, cuando la vista del extranjero se queda clavada en los andrajos que tan mal cuadran a tanta soberbia".

"Se ven remendones, y hasta trajineros que van a ganar su vida con media docena de mulas por los caminos, los cuales se dan por descendientes de Mendoza o de Guzmán y basta para que juren que son de la familia de los duques de Medinasidonia o los marqueses de Astorga. Sus abuelos pasaron los mares para conquistar la América, y han dado provincias enteras y reinos dilatados a la corona de España; pero la mudable fortuna les ha vuelto la espalda, y ahora se ven obligados a esconder, por modestia y respeto a su ilustre sangre, algunos deslices de los gregüescos con una capa harto lampiña"...

El otro se refiere a las mujeres, tema que es una constante en toda la obra de Gage. No sabemos si de estas mujeres americanas: españolas, mestizas o mulatas tenía particular apetencia el fraile, la cual no pudo satisfacer y por eso se refiere casi siempre mal de ellas. Hay en sus ataques cierto tufillo de predicador ejemplificante mezclado con un incontenido deseo de gozarlas. Así, después de haber afirmado que en México hay cuatro cosas hermosas que son: "las mujeres, los vestidos, los caballos y las calles", pasa a hablar de las damas.

"A lo que se dice de la lindeza de las mujeres, puede añadirse que gozan de tanta libertad y gustan del juego con tanta pasión, que hay entre ellas quien no tiene bastante con todo un día y su noche para acabar una manecilla de primera cuando la ha comenzado. Y llega su afición hasta el punto de convidar a los hombres públicamente a que entren a sus casas para jugar. Un día que me paseaba yo por una calle, con otro religioso que había ido conmigo a la América, estaba a la ventana una señorita de grande nacimiento, la cual, conociendo que éramos chapetones (nombre que dan a los recién llegados de España el primer año), nos llamó y entabló conversación con nosotros. Después de habernos hecho algunas preguntas muy ligeras sobre España, nos dijo si no queríamos entrar, y jugaríamos una manecilla de primera".

"Los hombres y las mujeres gastan extraordinariamente en vestir, y sus ropas son por lo común de seda, no sirviéndose de paño, ni de camelote ni de telas semejantes".

"Las piedras preciosas y las perlas están allí tan en uso y tienen en eso tanta vanidad, que nada hay más de sobra que ver cordones y hebillas de diamantes en los sombreros de las señoras, y cintillos de perlas en los de los menestrales y gente de oficio".

"Hasta las negras y las esclavas tienen sus joyas, y no hay una que salga sin su collar y brazaletes o pulseras de perlas, y sus pendientes con alguna piedra preciosa".

"El vestido y atavío de las negras y mulatas es tan lascivo, y sus ademanes

y donaire tan embelesadores, que hay muchos españoles, aún entre los de la primera clase, que por ellas dejan a sus mujeres".

"Llevan de ordinario una saya de seda o de indiana finísima recamada de randas de oro y plata, con un moño de cinta de color subido con sus flecos de oro, y con caídas que les bajan por detrás y por delante hasta el ribete de la basquiña.

"Sus camisolas son como justillos, tienen sus faldetas, pero no mangas, y se les atan con lazos de oro y plata".

"Las de mayor nombradía usan ceñidores de oro, bordados de perlas y piedras preciosas".

"Las mangas son de rico lienzo de Holanda o de la China, muy anchas, abiertas por la extremidad, con bordados; unas de seda de colores y otras de seda, oro y plata, largas hasta el suelo".

"El tocado de sus cabellos, o más bien de sus guedejas, es una escofieta de infinitas labores, y sobre la escofieta se ponen una redecilla de seda; atada con una hermosa cinta de oro, de plata o de seda; más en la frente, y en la cual se leen algunas letras bordadas que dicen versos o cualquiera pensamiento de amor".

"Cúbrense el pecho con una pañoleta muy fina que se prenden en lo alto del cuello a guisa de rebocillo, y cuando salen de casa añaden a su atavío una mantilla de linón o cambrai, orlada de una randa muy ancha o de encajes; algunas llevan en los hombros, otras en la cabeza; pero todas cuidan de que no les pase de la cintura y les impida lucir el talle y la cadera.

"Hay varias majas que se echan la mantilla al hombro, pasándose una punta por el brazo derecho y tirándose la otra al hombro izquierdo, para tener libres las mangas y andar con mejor garbo; pero se encuentran otras en la calle, que en lugar de mantilla, se sirven de una rica saya de seda, de la cual se echan parte al hombro izquierdo, y parte sostienen con la mano derecha, teniendo más trazas de jayanes atolondrados que de muchachas honradas".

"Sus zapatos son muy altos, y con muchas suelas guarnecidas por fuera de un borde de plata, clavado con tachuelitas del mismo metal que tienen la cabeza muy ancha".

"La mayor parte de esas mozas son esclavas, o lo han sido antes, y el amor les ha dado la libertad para encadenar las almas y sujetarlas al yugo del pecado y del demonio"...

Antonio Vázquez de Espinosa, nacido en Jerez de la Frontera en el siglo XVI, carmelita de profesión y muerto en Sevilla en 1630, fue eminente teólogo y predicador. Vázquez de Espinosa no creyó que el cultivo de la mística fuera incompatible con los viajes y así, como misionero pasó a México y al Perú; recorrió buena parte de sus tierras y reunió rica información, la

cual rubricó con el título de *Compendio y Descripción de las Indias Occidentales*. En tal *Compendio* nos dejó una valiosa descripción de la ciudad, bien organizada, sobria en sus aspectos generales, pero abundosa cuando describe, como buen religioso, las iglesias y conventos de esta insigne ciudad que eran innumerables.

Sus cualidades de teólogo especializado en problemas de conciencia unidas a su fina curiosidad, le hacen perciba con gran nitidez y delicadeza, aspectos muy peculiares de la por entonces mejor y más importante ciudad de las Indias.

Una pequeña parte de su pintura en la que se trasluce su capacidad narrativa es la siguiente:

"La ciudad es de las mejores y mayores del mundo, de excelente temple, donde no hace frío ni calor, de maravilloso cielo y sanos aires, que con estar fundada sobre la laguna es muy sana. Por las causas referidas y serlo la región, coge sitio de una muy populosa ciudad; tendrá de circunferencia más de dos leguas, todas las casas de muy buena fábrica, labradas de una piedra finísima colorada, y peregrina en el mundo, de que hay riquísimas minas junto a la laguna, la cual es dócil de labrar y tan liviana que una losa grande o pequeña nada sobre el agua sin hundirse, como vide por vista de ojos cuando estuve en aquella ciudad el año de 612".

"Las calles son muy derechas, anchas y desenfadadas, que juntamente con la buena casería parecen bien; es muy abastecida, abundante, barata y regalada. Por las calles hay anchas y hondas acequias de agua de la laguna y puentes por donde pasan de una parte a otra.

"Para el abasto de la ciudad entran de toda la tierra cada día por la laguna más de mil canoas cargadas de bastimentos, de pan, carne, pescado, caza, leña, yerba que llaman zacate y lo demás necesario, y por tierra todos los días más de 3,000 mulas cargadas de trigo, maíz, azúcar y otras cosas a las alhóndigas; con que viene a ser uno de los lugares más abundantes y regalados del mundo".

"La ciudad tendrá más de 15,000 vecinos españoles y más de 80,000 indios vecinos que viven dentro de la ciudad y en el barrio o ciudad de Santiago Tlaltelulco y en los demás arrabales o chinampas. Sin los cuales hay más de 50,000 negros y mulatos esclavos de los españoles y libres con que la habitación de la ciudad es muy grande y extendida. Es de mucha contratación así por la grosedad de la tierra y ser Corte de aquellos reinos como por la grande correspondencia que tiene con España, Pirú, Philipinas y con las provincias de Guatemala y su tierra Yucatán, Tabasco y todo el reino de la Nueva Galicia y Vizcaya.

"Hay de ordinario en ella cuatro ferias (mercados) con grande cantidad de mercadería, de sedas, paños y todo cuanto se puede hallar en las más abastecidas del mundo, que son en S. Juan, domingo, lunes y martes; en

Santiago las hay todos los días; en Sta. María la Redonda, en la plaza mayor, en la de la Modorra y en S. Hipólito miércoles y jueves y en Tomatlán que es hacia la albarrada, hay feria de comida todos los días.

"Sin lo cual hay muchas y gruesas tiendas de mercaderes, oficiales de todos oficios, españoles e indios que con primor los usan y ejercitan; de suerte que con la abundancia que hay de todo, no se carece de cosa en esta famosa ciudad. Tiene muy buena iglesia Catedral, que hizo el cristianísimo Marqués del Valle D. Fernando Cortés, luego que conquistó aquel reino y ganó la ciudad. Puso por bases de los pilares unos ídolos de piedra de los gentiles.

"Como la ciudad de México ha ido en tan grande aumento y opulencia, se ha fabricado otra iglesia catedral, que aún no está acabada, que puede competir en grandeza y riqueza con las mejores de toda la cristiandad; tiene otras iglesias parroquiales como son Sta. Catarina mártir, la Veracruz, S. Antón y otras iglesias donde se administran los santos sacramentos a los fieles"...

El añorado Cronista de esta ciudad Artemio de Valle Arizpe, entre los testimonios que recogió para su libro *La ciudad de México a través de sus cronistas,* figura el de Waffer quien visitó esta ciudad en el siglo XVII hacia 1678. Este sajón no estaba dotado del espíritu analítico y punzón de Gage, ni tampoco hizo crítica social. Minuciosa es su descripción, que nos deja detalles de la ciudad que no encontramos consignados en ninguna otra fuente, y los cuales posibilitan una mejor reconstrucción. Por otra parte sus inclinaciones oscilan del lado de la oligarquía que le abrió sus puertas y a la que menciona con entusiasmo.

Y ya para terminar, pues estoy seguro ha fatigado este largo viaje de dos siglos por esta ciudad, más largo que los que suelen organizar diversos institutos culturales para los turistas nacionales, mencionaré el famoso Gemelli Carreri, autor de *II Giro del Mondo* en el que narra sus excursiones por Persia, Turquía y también México. Gemelli estuvo en esta ciudad en el siglo XVII cuando vivía en ella el insigne Carlos de Sigüenza y Góngora, quien conversó con él habiéndole proporcionado sesuda información y obsequiándole algunos mapas y estampas.

Gemelli nos regaló con una especie de diario en el que anota cuanto de importante advierte. Muchos de los días consagrados a México como se revela en su diario, los pasó visitando iglesias, conventos y observando cómo se desarrollaban determinadas solemnidades religiosas, las cuales narra con cierto donaire. Adviértese en sus textos una afición popularista y una delectación por lo pintoresco y colorido. A Gemelli le impresionan como a todos los viajeros, los abundantes templos y monasterios y la forma de vida que en ellos imperaba, principalmente el hecho de que las religiosas fuesen tantas y que las reglas a que estaban sujetas les permitiesen vivir mundanamente rodeadas de una servidumbre numerosa y costosa. Sus impresiones

las ofrece desnudas, casi sin comentarios y sólo de vez en vez se atreve a externar su opinión cáustica.

Uno de los relatos mejores es el que describe el descuartizamiento de unos criminales, las procesiones de la Semana Santa y el paseo del Canal de la Viga, al cual llama el Posilipo de México. Saboreémoslos para terminar esta exposición:

"El lunes, día 25, por ser fiesta de la Anunciación de la Virgen, fuí a oír la misa cantada y el sermón al convento de la Encarnación, y oí cantar a las monjas bastante bien. Son éstas cerca de cien, y tienen más de trescientas criadas. En la iglesia hay siete altares pequeños: el convento es muy amplio. Después de comer, pasando por San Francisco el grande encontré reunida allí casi la mitad de la plebe, a fin de ver las exequias de tres ajusticiados que un mes antes, por enormes delitos, habían sido hechos cuartos y estaban expuestos en lugares públicos para terror de otros delincuentes. Los religiosos de San Juan de Dios pidieron esos cuartos a la audiencia del crimen, la cual los concedió, como ordinariamente lo hace. Puestos luego en la camilla de los Desamparados, que está en un convento, solicitaron limosna dichos religiosos para celebrar misa y sepultarlos. Los llevaron después, según costumbre, al monasterio de San Francisco, en donde sus frailes hicieron las exequias y predicaron un buen sermón, y finalmente, volviéndolos por las calles públicas de la ciudad a dicha capilla de los Desamparados, los sepultaron en ella...

"El jueves santo, día 4, salieron tres procesiones sucesivamente: la primera fue la de los cofrades de la Trinidad, que iban vestidos de color rojo: son lo mismo que los de la nobilísima archicofradía de igual título en Nápoles, los cuales, ilustres casi todos por su nacimiento y por su virtud, reciben en su famoso hospital, celebérrimo en toda la Europa, a los peregrinos, de cualquiera nación que sean, y a los convalecientes; se ejercitan en otras obras de piedad y caridad cristiana, y muchos años atrás hacían igual procesión, con que edificaban grandemente al pueblo. La segunda procesión fue la de los cofrades de la iglesia de San Gregorio de los padres de la Compañía, y la tercera de los cofrades de San Francisco, a la cual llaman procesión de los chinos, porque la sacan los indianos de las Filipinas. Cada una lleva sus imágenes, gran cantidad de luces y una compañía de hombres armados, del modo referido antes; iban también algunos a caballo, precedidos de trompetas que tocaban sonatas fúnebres. Llegada la última procesión al palacio real, tuvieron contienda sobre precedencia los chinos con los cofrades de la Santísima Trinidad, de que resultó que se dieron golpes con las mazas y cruces, y muchos quedaron heridos.

"Los sepulcros o monumentos que se ponen en México son bonitos y vistosos, pero pobres de luces; todos iguales, y cada año se ponen de un mismo

modo. Los tabernáculos son altos, con columnas, y con labores de estuco dorado, los cuales sirven mientras está buena la madera. Fui a verlos en la noche, según se acostumbra allí. En la mañana del viernes, día 5, a buena hora fui a la casa de D. Felipe de Rivas, pues me había invitado éste a ver en ella la procesión del Calvario o de Jerusalén, que sale de San Francisco el grande, con la insignia del Santo Sepulcro. Cuatro horas antes del medio día se oyeron tres trompetas de triste sonido, y después se vieron muchos cofrades con luces en las manos, entre los cuales iban varios disciplinantes. Pasó en seguida una compañía de hombres armados, algunos de estos a caballo, llevando la sentencia, el título de la cruz, las vestiduras y otros símbolos de la Pasión; luego otros hombres representando al buen ladrón y al malo, a Nuestro Señor, a su Madre Santísima, a San Juan y a Santa Verónica; después, en mulas, dos que fingían ser sacerdotes hebreos, y por último, otras semejantes representaciones bastante bien dispuestas. Habiendo vuelto la procesión a San Francisco, se predicó en medio del atrio a la multitud, reunida en él para ver las tres caídas de Nuestro Señor y los hechos de la Verónica, de la Madre Santísima y de San Juan que se habían de representar allí, a fin de moverla a compasión".

"En la tarde salió la procesión de los negros e indios, hermanos de la cofradía de Santo Domingo, con muchas personas que se disciplinaban y hacían otras penitencias. Iban en ellas algunas devotas imágenes, una compañía de hombres armados y el sepulcro de Nuestro Señor. A esta procesión siguió la de los españoles, llamada del entierro de Cristo: la acompañaban diez y seis regidores, que son los electos por la ciudad, dos alcaldes y el corregidor, que hacen justicia en México en primera instancia, y eran precedidos por sus alguaciles. Seguían muchos caballeros de hábito y cofrades, y todas las insignias de la Pasión llevadas en pequeñas varas por ángeles bien vestidos de color negro y adornados de joyas. Iban luego diez penitentes, arrastrando larguísimas caudas; la compañía de hombres, armados de arma blanca y muy bien vestidos, como en las otras procesiones; y al último la imagen de Nuestro Señor en una rica urna de plata, cerrada por cristales, de la cual había hecho donación el obispo de Campeche al monasterio de Santo Domingo. Cerca de la urna iban la Madre Santísima y San Juan, y detrás una infinidad de devotos. En suma, esta procesión no cede en magnificencia a las nuestras europeas"...

Y aquel párrafo en que nos habla del desaparecido Canal de la Viga dice:

"Después de comer fui a divertirme al canal de Jamaica, que es el Posilipo de México. Se pasea allí en canoas o sea barcas, y si se quiere también por tierra. Va en aquéllas gran número de músicos y cantores, hombres y mujeres, que compiten entre sí en manifestar la perfección de su canto. En las orillas del canal hay algunas pobres casas de indios, y hosterías para tomar

refrigerantes, esto es: chocolate, atole y tamales. El principal ingrediente de estos dos últimos manjares es el grano de Indias (maíz), preparado del modo que sigue: Hierven el maíz con cal, y después que ha reposado lo muelen como se hace con el cacao; pasan luego la pasta, mezclada con agua, a través de un cedazo, y sale un licor blanco y espeso semejante al que hacemos de la almendra; ese licor, así que ha hervido un poco, se llama atole, y se bebe mezclado con el chocolate, o solo. De este segundo modo y con azúcar lo beben los golosos. Pero sea como fuere, es muy nutritivo y de uso común en las Indias. La masa que queda, se lava, y de ella se hacen los tamales, poniéndoles carne picada, dulce y especies, y dándoles algún color por encima. Tanto éstos como el atole no me parecieron de mal sabor, si bien mi paladar está acostumbrado igualmente a lo bueno que a lo malo"...

Estos testimonios, a los que habría que agregar otros más, revelan a la ciudad colonial, tal como fue vista en su crecimiento por propios y extraños.

CAPILLA ALFONSINA
U. A. N. L.

Esta publicación deberá ser devuelta antes de la última fecha abajo indicada.

IFCC 636